

VIERNES 7 AGOSTO

1. Primera charla: La participación de todos los fieles en el sacerdocio de Cristo – 1Pt 2,1-9

El sacerdocio de la línea Levítica, como ya hemos señalado, se basó en la membresía carnal de la tribu de Leví. En un estricto código ritual, seguía siendo una prerrogativa específica de los miembros de esa tribu, se ejercía personalmente y no estaba abierto a la participación de otras personas. En el pueblo estaba claro que los sacerdotes tenían la función de ofrecer sacrificios para sí mismos y para el pueblo, que seguía siendo el beneficiario exclusivo de estas acciones de culto. ¿Qué sucede en cambio con el Sumo y Eterno Sacerdocio de Jesús? Más allá de las diversas diferencias del sacerdocio del Señor en comparación con el sacerdocio del Antiguo Testamento, en esta reflexión me gustaría centrarme en una de sus características, la de la apertura de este sacerdocio a la participación. Su perfección y plenitud, de hecho, se abre a la participación de los fieles. Hay dos formas en que se realiza la participación en el sacerdocio de Jesús, la de todos los fieles en virtud de los sacramentos del bautismo y de la confirmación (sacerdocio bautismal o común de los fieles) y la de los ministros ordenados, obispos y presbíteros, que mediante el sacramento de la orden están configurados a Cristo y participan, *in persona Christi Capitis*, en las prerrogativas de su sacerdocio (sacerdocio ministerial). Estas dos formas, como veremos, se complementan y existen una en función de la otra.

En esta meditación tendremos la oportunidad de detenernos más difusamente en el sacerdocio común de todos los fieles. Es importante enfatizar que este tema está profundamente arraigado en las Escrituras. Ya en el Antiguo Testamento, según la modalidad que hemos conocido, la de la prefiguración y promesa, esta dimensión de la vida de los fieles se anuncia ampliamente. Hay dos textos a los que se puede hacer referencia, uno en Ex 19,6 y el otro Is 61,6.

En el primer pasaje, Dios invita a Moisés a presentar una promesa particular a la gente. Si son fieles a la Alianza, Dios mismo hará de este pueblo el destinatario de una vocación particular:

“Ahora, si ustedes me escuchan atentamente y respetan mi alianza, los tendré por mi propiedad personal entre todos los pueblos, siendo que toda la tierra es mía, serán para mí un reino de sacerdotes y una nación que me es consagrada. Esto dirás a los israelitas?” (Ex 19,5-6).

En otras palabras, Israel, fiel al Pacto, será separado (santificado) entre otros pueblos y ejercerá una función de culto particular, pudiendo elevar la verdadera

adoración a Dios. Esta misma promesa dirigida al pueblo también se encuentra en una página del profeta Isaías: “*Y ustedes serán llamados «sacerdotes de Yavé» y los nombrarán «ministros de nuestro Dios». Ustedes vivirán a expensas de las naciones y se aprovecharán de su lujo*” (Is 61, 6). En ambos textos está claro que esta promesa no es prerrogativa de los individuos, sino que concierne a toda la gente, como un solo cuerpo sacerdotal. Si esta dimensión ya estaba presente en el Antiguo Pacto, ¡cuánto más debe ser en el Nuevo Pacto, establecido de una vez por todas con el único sacrificio de Cristo en el misterio pascual! Y, de hecho, hay muchas páginas del Nuevo Testamento donde se recuerda esta dimensión (1Pt 2; Ap 1,6; 5,9-10; Rm 12,1).

El pasaje en el que me gustaría profundizar más es precisamente el de la Primera Carta de Pedro, una carta probablemente compuesta alrededor del año 65, es decir, en el período de la persecución del emperador Nerón, cuando él acusó a los cristianos de haber quemado Roma. La carta fue escrita para brindar consuelo a los cristianos expuestos al martirio en ese momento y sometidos a persecución, especialmente en las regiones de Asia Menor.

¹ *Rechacen, pues, toda maldad y engaño, la hipocresía, la envidia y toda clase de chismes.*

² *Como niños recién nacidos, busquen la leche no adulterada de la Palabra; gracias a ella crecerán y alcanzarán la plenitud.* ³ *¿Acaso no han probado lo bueno que es el Señor?* ⁴ *Se han acercado al que es la piedra viva rechazada por los hombres, y que sin embargo es preciosa para Dios que la escogió.* ⁵ *También ustedes, como piedras vivas, se han edificado y pasan a ser un Templo espiritual, una comunidad santa de sacerdotes que ofrecen sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Cristo Jesús.* ⁶ *Dice la Escritura: Yo voy a colocar en Sión una piedra angular, escogida y preciosa: quien se afirme en ella no quedará defraudado.* ⁷ *Ustedes, pues, que creen, recibirán honor. En cambio, para aquellos que no creen, él es la piedra rechazada por los constructores, que se ha convertido en la piedra angular;* ⁸ *piedra en la que la gente tropieza y roca que hace caer. Cuando se niegan a creer en la palabra, están tropezando con aquello en lo que debían afirmarse.* ⁹ *Pero ustedes son una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, un pueblo que Dios hizo suyo para proclamar sus maravillas; pues él los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.*

El primer capítulo, en la parte que precede inmediatamente a nuestro pasaje, recuerda la regeneración de los fieles en Cristo mediante de la Palabra, como una consecuencia existencial del misterio pascual de Jesús. Quien ha sido regenerado a una nueva vida, por lo tanto, en virtud del bautismo, para vivir en conformidad a este don, debe distanciarse de todo lo que es obra de la muerte: toda malicia, obstinación, hipocresía, celos y calumnias (vers. 1). Si nos detenemos a reflexionar sobre este

catálogo de pecados y obras malvadas, podemos ver que todas son actitudes que hacen daño a la comunidad. No me detengo mucho en esto, pero invito a todos a examinarse a sí mismos. Qué malas cosas pueden causar estas actitudes a nosotros y a nuestras comunidades religiosas. La atención que se debe prestar para no caer en estas actitudes, especialmente con respecto al uso de la lengua, nunca es demasiado. Cuántos asesinatos podemos cumplir solamente con nuestro hablar. Que cada uno reflexione sobre todo eso personalmente.

En el vers. 2 el apóstol Pedro subraya que la vida cristiana es un camino constante de crecimiento. La imagen de los niños puede evocar muchas cosas en nosotros. El mensaje principal que Pedro quiere dar a la joven Iglesia, que acaba de recibir los dones de la gracia, es lo de invitarla a sentir una verdadera sed de “*leche espiritual pura*” (*logikon adolon gala*). Es una expresión muy interesante que abre a una reflexión profunda. En primer lugar, estamos invitados, como también dijimos en nuestra reflexión sobre el discipulado en el Getsemaní, a permanecer en este estado permanente de discipulado. Nunca dejamos de crecer y aprender el camino de Dios, incluso a los 90, porque nunca habremos llegado. La sed y el hambre de Dios, de su Palabra, de su gracia y de su amor, deben ser una actitud estable en nuestra vida. A menudo, como personas consagradas, podemos caer en la tentación de decir: cuántas veces he escuchado estas cosas, no tengo nada más que aprender. Ser como niños, por otro lado, significa entusiasmarse con todas las cosas nuevas que podemos descubrir. ¡Con Dios siempre debemos ser niños en este sentido! Aprender a sorprendernos siempre sobre lo que Dios nos enseña y nos hace vivir. La pregunta debería surgir espontáneamente en cada uno de nosotros: ¿de qué tengo hambre y sed en mi vida? ¿Quiero esta pura leche espiritual? Todo religioso, especialmente después de muchos años de vida consagrada, puede caer en la tentación de sentirse llegado o, peor aún, volverse habituado. Tener una buena regla de vida espiritual, recurriendo constantemente a las fuentes de oración, de la Palabra, de los sacramentos y de la amistad con Cristo, mantiene vivo esta presencia de lo Absoluto en nosotros. San Agustín, con una imagen clara y muy comprensible, nos ayuda a comprender esta dinámica de la vida espiritual:

“Ésta es nuestra vida: ejercitarnos mediante el deseo. Pero el deseo santo nos ejercita en la medida en que apartemos nuestros deseos del amor mundano. Ya he dicho con anterioridad: vacía el recipiente que has de llenar con otra cosa. Tienes que llenarte del bien, derrama el mal. Imagínate que Dios quiere llenarte de miel; si estás lleno de vinagre, ¿dónde depositas la miel? Hay que derramar el contenido del vaso; hay que limpiar el vaso mismo; hay que limpiarlo, aunque sea con fatiga, a fuerza de frotar, para hacerlo apto para determinada realidad. Designémosla con un nombre erróneo; llamémosla oro, llamémosla vino; cualquier nombre que asignemos a lo que no puede ser

nombrado, cualquier nombre que sea el que queramos darle, se llama Dios”
(SAN AUGUSTIN, *Tratado sobre la primera carta de San Juan*, 4, 6).

Cumplir esta renovación interior y constante en nuestra vida, como niños siempre capaces de asombro, es la respuesta existencial al don de la vida divina en nosotros, recibida a través de las etapas de la iniciación cristiana, en los momentos centrales dados por los tres sacramentos (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), pero que debe redescubrirse todos los días también en la vocación específica que hemos recibido. Pedro describe este viaje con la imagen del acercamiento constante a Cristo, que se llama *“piedra viva rechazada por los hombres, y que sin embargo es preciosa para Dios que la escogió”* (v. 4). La referencia de Pedro al misterio de la Pascua de Jesús, su Pasión, muerte y resurrección, leída a través de esta imagen de la piedra rechazada, pero glorificada por Dios el Padre, es evidente. Las etapas de la iniciación cristiana, de hecho, nos sumergen en la muerte y resurrección de Jesús (Bautismo), nos hacen partícipes de su ministerio sacerdotal, real y profético (Confirmación) y nos hacen saborear los frutos de esta gracia que nos dio una vez para siempre (Eucaristía). Toda nuestra vida podría leerse como este “acercamiento” progresivo a Él, siguiéndolo paso a paso. Está claro que no es solo una imitación de sus hermosas virtudes y tratar de vivir sus enseñanzas, sino que en el lenguaje de Pedro entendemos cómo el contacto con el Cristo vivo y verdadero nos permite realmente participar en su Vida y Verdad. Cuanto más nos acercamos a Él, más nos convertimos en participantes de su divinidad y misión. Pedro dice que en este proceso de acercarse a Él, nosotros mismos nos convertimos en *“piedras vivas”* (vers. 5). Esta imagen que nos dio el Apóstol parece sugerir dos implicaciones: en primer lugar, ninguna piedra puede estar viva por sí misma, pero necesita este contacto continuo con Él; en segundo lugar, una piedra nunca puede estar viva si está aislada de las demás. El uso del plural sugiere esto. Pedro habla a la comunidad, explicando que del contacto con Cristo nacen piedras vivas que solo juntas pueden construir un edificio espiritual. Evidentemente, Pedro se refiere a la Iglesia: el verdadero edificio espiritual. Cristo es la única piedra viva que puede existir por sí misma, los demás no pueden vivir excepto en Él y como una cosa sola, capaces de construir la unidad. Hay muchas implicaciones existenciales de esta verdad de la fe: muy a menudo nos vemos a nosotros mismos como “mónadas”, es decir, realidades autosuficientes, capaces de vivir por sí mismas y que presumen que no necesitan a los demás ni a nada más. ¡En la vida cristiana y en la Iglesia no es así! Solo pertenecer a Cristo y participar en su vida divina nos hace verdaderamente piedras vivas. ¡Y nunca podremos ser piedras vivas solos! ¿Cuántas veces en nuestra vida espiritual y también en nuestra vida consagrada caemos en la tentación de la autosuficiencia? Sin Cristo y sin la Iglesia, nos convertimos en *“piedras muertas”*, inútiles e también perjudiciales para la estabilidad del edificio. No podemos ser

cristianos solos, y mucho menos religiosos o santos solos. El Concilio Vaticano II nos recuerda: *“Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”* (Lumen Gentium, 9).

Aquí está, en la segunda parte del versículo 5, el corazón del pasaje que estamos meditando. Como piedras vivas, construcción espiritual, podemos ejercer el santo sacerdocio (*ieràteuma agion*). San Pedro retoma la misma expresión de Éxodo 19,6, que mencionamos anteriormente. En Cristo y en su Iglesia, por lo tanto, se cumple la antigua promesa del sacerdocio común y universal de los fieles. Entonces, ¿de qué se trata? Enraizados en Cristo, piedra viviente y sacerdote eterno, mediante de la vida de fe que nos fue dada en el bautismo y corroborada en la confirmación, nosotros mismos vivimos y participamos en su dignidad sacerdotal. Es interesante que San Pedro use un término colectivo para explicar esta dimensión. No dice *“sacerdotes”*, sino *“sacerdocio”*. Obviamente, esta es una dimensión que no se puede vivir sola, sino únicamente y exclusivamente dentro de un *“pueblo sacerdotal”*, ¡la Iglesia precisamente! Este sacerdocio bautismal, por lo tanto, precede teológicamente y en importancia a la otra forma de participación en el sacerdocio de Cristo, el ministerio de aquellos que reciben las órdenes sagradas. Después de largos siglos, especialmente por la controversia con el mundo protestante, esta dimensión no había sido particularmente enfatizada, el Concilio Vaticano II ofreció una enseñanza clara y siempre actual:

“Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. Hb 5,1-5), de su nuevo pueblo «hizo... un reino y sacerdotes para Dios, su Padre» (Ap 1,6; cf. 5,9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 P 2,4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf. Hch 2,42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rm 12,1) y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (cf. 1 P 3,15). El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no sólo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios. Los fieles, en cambio,

en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante” (Lumen Gentium, 10).

Es un texto muy denso y rico que los invito a meditar y digerir con calma, también releuyéndolo una y otra vez si es necesario. El Concilio no hace más que explicitar lo que dice San Pedro en su carta, desarrollando bien el significado de este sacerdocio bautismal y rechazando el significado de “*sacrificios espirituales agradables a Dios*” (v. 5). Si viviéramos en profundidad todas estas actitudes indicadas por el Concilio, nuestra fe se volvería verdaderamente existencial. Redescubriríamos cómo, además del altar sagrado en el que se celebra la Eucaristía, todos los días llevamos muchos altares con nosotros en nuestra vida cotidiana y nosotros mismos somos altares de los que puede brotar la dulce y agradable ofrenda de nuestra vida. El Concilio dice que la ofrenda espiritual del cristiano se eleva a Dios “*a través de todas las actividades*”. Muchas veces tratamos de dividir el mundo de Dios, de la fe y de la oración del de nuestra vida diaria y de nuestras actividades, considerándolos como algo totalmente distinto. En la visión del culto del Antiguo Testamento, se enfatizó fuertemente la distinción entre lo sagrado y lo profano, el espacio de Dios y el del mundo. En Cristo, con el misterio de su Encarnación y aún más gracias a su misterio pascual, esta distinción rígida entre lo que es sagrado y lo que es profano ha desaparecido, pero en Él todo está santificado y redimido. Si realmente aprendiéramos a vivir esta dimensión de la espiritualidad bautismal, mediante de la cual ofrecer sacrificios espirituales a Dios, algo que no se da por dado incluso en la vida sacerdotal y religiosa, ya no habría un espacio sagrado y un espacio profano, pero toda nuestra vida se convertiría en una respuesta de amor que constantemente se eleva a Cristo. Preguntémonos entonces: ¿toda mi vida es realmente una ofrenda que le agrada? ¿Siento en mí que cada actividad, cada momento de mi vida, es un acto de ofrenda y adoración a Él? La Eucaristía diaria, como el momento más elevado de adoración a Dios y encuentro con Él, en esta presentación sacramental de la única ofrenda de Cristo, inicia y fortalece esta dinámica en nosotros. A menudo se dice: debemos hacer que nuestra vida se convierta en oración. ¿Significa esto que debemos pasar las 24 horas del día en la capilla? ¡Obviamente no! Solo aprendiendo a vivir esta actitud de ofrecernos sin reservas a Dios, en todo lo que hacemos y vivimos, podemos convertirnos en una ofrenda viva en Cristo y transformar existencialmente nuestra vida en oración. Un elemento fundamental de la espiritualidad de los Siervos Guadalupanos de Cristo Sacerdote, como se afirma en las *Constituciones*, es lo de aprender a ofrecer la vida en unión con la ofrenda de Cristo en la Cruz. De esta manera se ejerce nuestro sacerdocio y podemos seguir verdaderamente a Cristo Sumo Sacerdote,

ofreciéndonos como Él se ofreció a sí mismo. Lo que es verdad para todos los cristianos en virtud del bautismo y la confirmación, para ustedes, las Siervas con su carisma específico, se convierte en algo aún más importante y vital. Si su objetivo es seguir a Cristo Sumo Sacerdote, ¿qué forma puede ser más adecuada para esta configuración, si no el ejercicio completo de su sacerdocio bautismal? La dimensión existencial de esta ofrenda, a través de los tres consejos evangélicos, se vuelve aún más fuerte y más radical. El religioso, en virtud de una vocación específica, está llamado a ofrecerse y dar su vida en total obediencia, renunciando a su voluntad, para ponerse al servicio total de Dios y su voluntad; en la pobreza, renunciando a toda seguridad humana derivada de los bienes materiales, siguiendo a Cristo pobre, en un estilo de sobriedad y total dependencia de la Providencia; en castidad, dirigiendo el amor totalmente a Cristo, a quien podemos dar sin reservas un corazón indiviso.

La ofrenda de estos sacrificios espirituales, como mencionamos, debe tocar cada aspecto de la vida del cristiano bautizado y del religioso. No solo mediante de la unión estable de las propias intenciones y acciones a la única ofrenda de Cristo, sino también del aceptar con fe, humildad y un espíritu generoso cada adversidad que pueda suceder en nuestro camino. El Papa Francisco, en la mencionada Exhortación apostólica sobre la santidad, explica algunas características del viaje diario de santificación, afirmando:

“La primera de estas grandes notas es estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8,31). Esto es fuente de la paz que se expresa en las actitudes de un santo. A partir de tal solidez interior, el testimonio de santidad, en nuestro mundo acelerado, voluble y agresivo, está hecho de paciencia y constancia en el bien. Es la fidelidad del amor, porque quien se apoya en Dios (pistis) también puede ser fiel frente a los hermanos (pistós), no los abandona en los malos momentos, no se deja llevar por su ansiedad y se mantiene al lado de los demás aun cuando eso no le brinde satisfacciones inmediatas” (Gaudete et Exsultate, n. 112).

Por eso, ofrecer sacrificios espirituales aceptando las contrariedades y dificultades materiales y espirituales de nuestra vida, vocación, misión y comunidad no es una actitud de rendición y debilidad, como el mundo nos haría creer. Por el contrario, es un signo de gran fortaleza interior, que solo puede derivarse de una fe profunda. En este punto, nos preguntamos: en mi vida religiosa, ¿soy capaz de soportar con paciencia, con este espíritu de ofrenda, las dificultades que encuentro o

puedo enfrentar? No somos religiosos ni sacerdotes para establecernos en la seguridad humana, pero deseando aceptar el desafío de la santidad, debemos estar seguros interiormente de que la efectividad de nuestra ofrenda también pasa por la aceptación de una realidad que a menudo no se encuentra con nuestras expectativas. ¿Estoy seguro de que esto realmente puede ser un instrumento de mi santificación?

No es casualidad que San Pedro, en el vers. 8 enfatiza la importancia de la obediencia a la Palabra, de la fe, como un requisito para ser verdaderamente miembros de este pueblo elegido. De hecho, solo la verdadera fe puede hacernos acoger a Cristo, el Sacerdote Eterno, aceptando la paradoja de su glorificación en la Cruz y de su elevación en el momento de su descenso extremo, para hacernos su pueblo, que sabe cómo proclamar las maravillosas obras que Él ha realizado y mostrarlas a nuestros hermanos. Esto enciende una luz real en nosotros, haciéndonos pasar del reino de la oscuridad, de la muerte, a lo de la vida real. También en el vers. 9, Pedro nuevamente recuerda el concepto de “*sacerdocio real*”. Mientras que en el vers. 5 había hablado de “*sacerdocio santo*”, aquí para calificar la participación de las personas en el sacerdocio, utiliza el adjetivo “*real*” (*basileios*). Por lo tanto, está claro que la dignidad sacerdotal-real de Cristo, ya prefigurada en Melquisedec y en el Salmo 110, plenamente realizada en el misterio pascual de Jesús, también se comparte plenamente en el Cuerpo Eclesial. La referencia a la palabra del versículo 8, a la que se agrega la dimensión sacerdotal y real (vv. 5 y 9), ya nos hace comprender los tres dones (*tria munera*) que la Iglesia recibe de Cristo y en los cuales participamos: *munus* profético, *munus* sacerdotale y *munus* regale. La dimensión sacerdotal, por lo tanto, con esta ofrenda de sacrificios espirituales agradables a Dios con toda nuestra vida, no puede distinguirse de la profética, mediante de la cual se profesa la verdadera fe y se testifica a los hermanos con la vida y con la palabra y al final, también con la dimensión real, mediante de la cual cada uno de nosotros es verdaderamente “señor” de su propia vida, siempre dirigiéndola hacia el bien con una conducta digna de la llamada y del don recibido. Como cristianos y religiosos, preguntémonos: en mi vida cotidiana, ¿trato de vivir estos tres dones bautismales con integridad y conciencia? ¿Siento que soy un profeta, porque soy bautizado y confirmado, y porque soy religioso, profeso mi fe y testifico a otros constantemente? ¿Siento que soy un sacerdote, aceptando los desafíos de cada día y ofreciendo todos mis pensamientos, deseos, acciones, contrariedades en unión con el único sacrificio de Cristo? ¿Puedo decir que mi vida es el lugar de la ofrenda existencial, como una extensión del altar en el que se celebra la Eucaristía todos los días? ¿Me siento como un rey, es decir, un verdadero “señor” y “dueño” de mi vida, dirigiéndola hacia el bien en todo, eligiendo el bien con conciencia y libertad, dominando a mí mismo y a mis instintos, volviendo todo en el camino de Dios?